

ERMANITAS DE LOS POBRES

Hacia la Vida

Mayo - Agosto 2022

Núm. 236

Mi Inmaculado Corazón Triunfará





Hacia la Vida

Boletín cuatrimestral de las Hermanitas de los Pobres

Núm. 236 - Mayo/Agosto 2022

www.hermanitasdelospobres.es

SUMARIO



3

Gracias madre



4

Mi Inmaculado Corazón triunfará



11

En la vejez seguirá dando fruto



12

La Casa de muñecas-abuelas



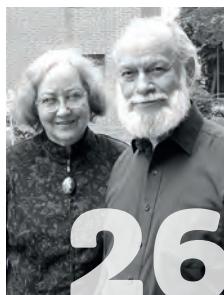
15

Feliz cumpleaños



18

La vocación de las personas mayores en la Iglesia



26

George Pinecross

NUEVA DIRECCIÓN

Colaboraciones:

c/ Dr. Esquerdo, 49 - 28028 MADRID - Tlef.: 91 754 29 88
Email: hacialalvida@hermanitasdelospobres.es

Residencias provinciales:

Zurbarán, 4 - 28010 Madrid
Plaza Tetuán, 45-49 - 08010 Barcelona

Dep. legal: M-22154-2016

Producción: Impresión Offset Derra Alemania, 37. 08917 Badalona (Barcelona)

CRÉDITOS IMÁGENES: Portada y p. 5, 8 Vatican Media;

p. 4, 6, 9, 10: Arquivo do Santuário de Fátima; p. 18 wikipedia.org_cc;

p.26-32: Sergio Pinecross; contraportada: www.conferenciaepiscopal.es

¡Paz a vosotros!

Este saludo del Resucitado que resuena en nuestro corazón y en nuestros oídos a lo largo de todo el tiempo Pascual, en medio de este mundo tan sediento de paz, es una promesa, un don que pide ser acogido y transmitido por cada uno de nosotros.

Desde nuestra situación personal, estamos llamados a ser portadores de esta Paz que Cristo nos da. Esta no se nos ofrece por merecimiento alguno, sino por pura gratuitad y misericordia de un Dios que nos ama infinitamente, que da su vida por nuestra salvación, y apuesta por nosotros una y otra vez.

«He rogado por ti para que tu Fe no desfallezca, y tú, cuando te recobres, da firmeza a tus hermanos» (cf. Lc 22,32), había dicho a Pedro, al apóstol que él había elegido como piedra para su Iglesia.

Pedro negó a Jesús y, sin embargo, el Señor no desistió de él, «yo he rogado por ti».

Cristo resucitado, el único mediador entre Dios y los hombres, intercede por los miembros de su Iglesia, es-

pecialmente por los que sufren, los que lloran, los que padecen, los olvidados... Se hace presente en medio de ellos con la paz que Él sabe dar, no como la da el mundo, sino la paz que nace de su costado abierto por la lanza del soldado.

Como dijo el papa Francisco durante la bendición Urbi et Orbi del día de Pascua, quizás ante las llagas de las manos y los pies de Jesús resucitado, nuestras miradas «son incrédulas en esta Pascua de guerra. Hemos visto demasiada sangre, demasiada violencia. También nuestros corazones se llenaron de miedo y angustia, mientras tantos de nuestros hermanos y hermanas tuvieron que esconderse para defenderse de las bombas.» Ante este escenario de terror, de muerte, prosigue el Papa, «hoy más que nunca resuena el anuncio pascual tan querido para el Oriente cristiano: ¡Cristo ha resucitado! ¡Verdaderamente ha resucitado!»

«Paz a vosotros», nos dice Jesús con el precio de su sangre, ya que «las heridas en el Cuerpo de Jesús resucitado son el signo de la lucha que Él combatió y venció por nosotros con las armas del amor, para que nosotros pudiéramos tener paz, estar en paz, vivir en paz.»

Es un desafío que Jesús nos lanza cuando miramos sus llagas gloriosas, «nuestros



ojos incrédulos se abren, nuestros corazones endurecidos se liberan y dejan entrar el anuncio pascual: ¡Paz a vosotros!» En aquella mañana de Pascua soleada, en una Plaza de San Pedro repleta de fieles, tras una pausa de dos años, Francisco con toda su fuerza realizó este llamamiento «¡Dejemos entrar la paz de Cristo

en nuestras vidas, en nuestras casas y en nuestros países!»

Recordó también los signos de esperanza que aparecen en medio del dolor y de la guerra, como «las puertas abiertas de tantas familias y comunidades que acogen a migrantes y refugiados en toda Europa.»

SIGNOS DE ESPERANZA



En algunas de nuestras casas de España y Portugal, están llegando refugiados a lo largo de estas semanas. Personas que llegan repletas de sufrimiento, rotas de dolor. Delante de estas situaciones tan duras, solo cabe la caridad, la oración y el silencio.

Las hermanitas, los residentes, el personal, las diferentes personas que coor-

dinan estas acciones, no se han dejado vencer en generosidad, y dan lo mejor de ellas mismas por el bien de los que llegan tan destrozados.

«Que estos numerosos actos de caridad sean una bendición para nuestras sociedades, a menudo degradadas por tanto egoísmo e individualismo, y ayuden a hacerlas acogedoras para todos. Que el conflicto en Europa nos haga también más solícitos ante otras situaciones de tensión, sufrimiento y dolor que afectan a demasiadas regiones del mundo y que no podemos ni debemos olvidar» recordó el Papa en la mañana de Pascua.

**«¡Dejémonos vencer por la paz de Cristo!
¡La paz es posible, la paz es necesaria, la paz
es la principal responsabilidad de todos!»**



¡GRACIAS MADRE!

Llegar a la edad de la ancianidad es ser una persona afortunada. Es una edad maravillosa, llena de serenidad, de paciencia con nuestros achaques y por tanto, llena de paz.

¿Y sabes por qué? Pues porque tenemos mucho tiempo para pensar, para gozar del silencio y poder así oír la voz de Dios, conversar con Él.

Tenemos además la dicha de poder recordar nuestra vida, con los éxitos y los fracasos que tuvimos a lo largo de los años, y darnos cuenta de cómo Dios fue el artífice de ellos. Todo lo consintió para nuestro bien, así nos ha ido moldeando para que nos vayamos pareciendo a Él.

Hoy, en el atardecer de este día, voy a recordar a una mujer que ha sido tremadamente importante para mí, mi madre, *la mujer fuerte de la Biblia*. Una mujer muy bella de cuerpo y alma. Tuve la suerte de nacer de ella y, por tanto, la oportunidad de poder sentarme en su regazo. Aquel regazo fue mi primera escuela. Ella, a través de sus palabras y sus canciones, me enseñó mis primeras oraciones (que aún recito) y me abrió los ojos para poder ver a Dios, también los oídos para escucharle interiormente; así tuve la felicidad de conocerle en mi infancia, en mi juventud y en la edad más madura. Me regaló el gran tesoro de mi vida, mi amistad íntima con Dios.

Fue una mujer dedicada a su marido y a sus hijos. Nuestra casa estaba llena de luz, era un remanso de paz y felicidad. Teníamos una vida sencilla, dábamos valor a las cosas pequeñas. Al atardecer, todos rezábamos el Rosario. Hoy recuerdo aquellos tiempos con cariño y gratitud.

¡Bienaventurada la madre que, guiada por Dios, construye una familia en la armonía y en el amor!

Carta de una hija, en su ancianidad, a su madre.

Mi Inmaculada



Corazón Triunfará

Los creyentes, en los momentos de angustia y dificultad, a lo largo de los años, han confiado toda la humanidad a la materna intercesión de la Virgen María.

Los obispos católicos de rito latino en Ucrania pidieron al papa Francisco que consagrara públicamente este país y a Rusia al Inmaculado Corazón de María, como lo pidió la Virgen de Fátima en sus apariciones en 1917.

Como respuesta, el papa Francisco, invitó a todos los obispos del mundo que se unieran a él para **consagrar Rusia y Ucrania al Inmaculado Corazón de María**.

De este modo, el 25 de marzo, en el marco de la celebración penitencial, tuvo lugar este hecho de gran importancia a nivel mundial. El Pontífice presidió la celebración desde la basílica de San Pedro; además hubo otras simultáneas en lugares muy emblemáticos: Fátima, Leópolis, en Ucrania, e incluso en el interior de Rusia, más en concreto en la iglesia de Nuestra Señora de Lourdes en San Petersburgo.

A lo largo de los años, han sido varias las consagraciones del mundo al Inmaculado Corazón de María; cuando un hijo sufre, se dirige a su madre, como es natural.

Unos meses después del reconocimiento oficial de las apariciones por parte del obispo de Leiria, al final de la primera peregrinación nacional del episcopado portugués a Fátima, el 13 de mayo de 1931, tuvo lugar la primera consagración de Portugal al Inmaculado Corazón de María.

En 1942 el papa Pío XII consagró el mundo al Inmaculado Corazón de María.

San Juan Pablo II, el 25 de marzo de 1984, en la plaza de San Pedro, en Roma, realizó esta consagración.

38 años después el papa Francisco ha puesto de nuevo la humanidad en las manos de María.





Oración de Consagración

Invocación inicial

Oh María, Madre de Dios y Madre nuestra, nosotros, en esta hora de tribulación, recurrimos a ti. Tú eres nuestra Madre, nos amas y nos conoces, nada de lo que nos preocupa se te oculta. Madre de misericordia, muchas veces hemos experimentado tu ternura providente, tu presencia que nos devuelve la paz, porque tú siempre nos llevas a Jesús, Príncipe de la paz.

Petición de perdón

Nosotros hemos perdido la senda de la paz. Hemos olvidado la lección de las tragedias del siglo pasado, el sacrificio de millones de caídos en las guerras mundiales. Hemos desatendido los compromisos asumidos como Comunidad de Naciones y estamos traicionando los sueños de paz de los pueblos y las esperanzas de los jóvenes. Nos hemos enfermado de avidez, nos hemos encerrado en intereses nacionalistas, nos hemos dejado endurecer por la indiferencia y paralizar por el egoísmo. Hemos preferido ignorar a Dios, convivir con nuestras falsedades, alimentar la agresividad, suprimir vidas y acumular armas, olvidándonos de que somos custodios de nuestro prójimo y de nuestra casa común. Hemos destrozado con la guerra el jardín de la tierra, hemos herido con el pecado el corazón de nuestro Padre, que nos quiere hermanos y hermanas. Nos hemos vuelto indiferentes a todos y a todo, menos a nosotros mismos. Y con vergüenza decimos: perdónanos, Señor.

Acto de esperanza

En la miseria del pecado, en nuestros cansancios y fragilidades, en el misterio de la iniquidad del mal y de la guerra, tú, Madre Santa, nos recuerdas que Dios no nos abandona, sino que continúa mirándonos con amor, deseoso de perdonarnos y levantarnos de nuevo. Es Él quien te ha entregado a nosotros y ha puesto en tu Corazón Inmaculado un refugio para la Iglesia y para la humanidad. Por su bondad divina estás con nosotros, e incluso en las vicisitudes más adversas de la historia nos conduces con ternura.

Invocación a María

Por eso recurrimos a ti, llamamos a la puerta de tu Corazón, nosotros, tus hijos queridos que no te cansas jamás de visitar e invitar a la conversión. En esta hora oscura, ven a socorrernos y consolarnos. Repite a cada uno de nosotros: «¿Acaso no estoy yo aquí, que soy tu Madre?». Tú sabes cómo desatar los enredos de nuestro corazón y los nudos de nuestro tiempo. Ponemos nuestra confianza en ti. Estamos seguros de que tú, sobre todo en estos momentos de prueba, no desprecias nuestras súplicas y acudes en nuestro auxilio.

María intercesora

Así lo hiciste en Caná de Galilea, cuando apresuraste la hora de la intervención de Jesús e introdujiste su primer signo en el mundo. Cuando la fiesta se había convertido en tristeza le dijiste: «No tienen vino» (Jn 2,3). Repítetelo otra vez a Dios, oh Madre, porque hoy hemos terminado el vino de la esperanza, se ha desvanecido la alegría, se ha aguado la fraternidad. Hemos perdido la humanidad, hemos estropeado la paz. Nos hemos vuelto capaces de todo tipo de violencia y destrucción. Necesitamos urgentemente tu ayuda materna.

Súplica confiada

Acoge, oh Madre, nuestra súplica.

Tú, estrella del mar, no nos dejes naufragar en la tormenta de la guerra.

Tú, arca de la nueva alianza, inspira proyectos y caminos de reconciliación.

Tú, «tierra del Cielo», vuelve a traer la armonía de Dios al mundo.

Extingue el odio, aplaca la venganza, enséñanos a perdonar.

Líbranos de la guerra, preserva al mundo de la amenaza nuclear.

Reina del Rosario, despierta en nosotros la necesidad de orar y de amar.

Reina de la familia humana, muestra a los pueblos la senda de la fraternidad.

Reina de la paz, obtén para el mundo la paz.

Actuación materna de María

Que tu llanto, oh Madre, commueva nuestros corazones endurecidos. Que las lágrimas que has derramado por nosotros hagan florecer este valle que nuestro odio ha secado. Y mientras el ruido de las armas no enmudece, que tu oración nos disponga a la paz. Que tus manos maternas acaricien a los que sufren y huyen bajo el peso de las bombas. Que tu abrazo materno consuele a los que se ven obligados a dejar sus hogares y su país. Que tu Corazón afligido nos mueva a la compasión, nos impulse a abrir puertas y a hacernos cargo de la humanidad herida y descartada.

En el Calvario

Santa Madre de Dios, mientras estabas al pie de la cruz, Jesús, viendo al discípulo junto a ti, te dijo: «Ahí tienes a tu hijo» (Jn 19,26), y así nos encomendó a ti. Despues dijo al discípulo, a cada uno de nosotros: «Ahí tienes a tu madre» (v. 27). Madre, queremos acogerte ahora en nuestra vida y en nuestra historia. En esta hora la humanidad, agotada y abrumada, está contigo al pie de la cruz. Y necesita encomendarse a ti, consagrarse a Cristo a través de ti. El pueblo ucraniano y el pueblo ruso, que te veneran con amor, recurren a ti, mientras tu Corazón palpitá por ellos y por todos los pueblos diezmados a causa de la guerra, el hambre, las injusticias y la miseria.

Acto de consagración

Por eso, Madre de Dios y nuestra, nosotros solemnemente encomendamos y **consagramos a tu Corazón immaculado nuestras personas, la Iglesia y la humanidad entera, de manera especial Rusia y Ucrania**. Acoge este acto nuestro que realizamos con confianza y amor, haz que cese la guerra, provee al mundo de paz. El «sí» que brotó de tu Corazón abrió las puertas de la historia al Príncipe de la paz; confiamos que, por medio de tu Corazón, la paz llegará. A ti, pues, te consagramos el futuro de toda la familia humana, las necesidades y las aspiraciones de los pueblos, las angustias y las esperanzas del mundo.

María, guíanos por sendas de paz

Que a través de ti la divina Misericordia se derrame sobre la tierra, y el dulce latido de la paz vuelva a marcar nuestras jornadas. Mujer del sí, sobre la que descendió el Espíritu Santo, vuelve a traernos la armonía de Dios. Tú que eres «fuente viva de esperanza», disipa la sequedad de nuestros corazones. Tú que has tejido la humanidad de Jesús, haz de nosotros constructores de comunión. Tú que has recorrido nuestros caminos, guíanos por sendas de paz. Amén.





En plena I Guerra Mundial, la Virgen María, en Fátima, el 13 de julio de 1917, se aparece a los tres pastorcitos por tercera vez, según cuenta Sor Lucia en sus memorias. Ese día Rusia y el fin de la guerra forman parte del diálogo que mantiene con la Virgen.

La Señora, como los niños la llamaban al principio, les pide desde la primera aparición en mayo, que recen el rosario todos los días, pidiendo por el fin de la guerra. El 13 de julio vuelve a repetirlo y nombra a Rusia. Los pequeños, en su inocencia, no sabían que era un país, pensaban más bien que era el nombre de una señora.

A continuación presentamos algo de lo narrado por Lucia de esta tercera aparición: La Virgen les dijo entre otras cosas: «Quiero que vengan aquí el día 13 del mes que viene, que continúen rezando el rosario todos los días, en honor de Nuestra Señora del Rosario, para obtener la paz del mundo y el fin de la guerra, porque solo Ella os puede ayudar. [...]»

- Santificaos por los pecadores y decid muchas veces y en especial cuando hagáis algún sacrificio: «*Oh Jesús, es por tu amor, por la conversión de los pecadores* y en reparación por los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María» [...]»
- Visteis el infierno, a donde van las almas de los pobres pecadores; para salvarlas, Dios quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón. Si hacen lo que yo os diga, se salvarán muchas almas y tendrán paz. La guerra va a acabar. Pero, si no dejan de ofender a Dios, en el reinado de Pío XI comenzará otra peor. Cuando veáis una noche iluminada por una luz desconocida, sabed que es la gran señal que Dios os da de que va a castigar al mundo de sus crímenes, por medio de la guerra, de hambre y de persecuciones a la Iglesia y al Santo Padre.

Para impedirla vendré a pedir la consagración de Rusia a mi Inmaculado Corazón y la comunión reparadora en los primeros sábados. Si atienden mis peticiones, Rusia se convertirá y tendrán paz; si no, espaciará sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones a la Iglesia. Los buenos serán martirizados, el Santo Padre tendrá mucho que sufrir, varias naciones serán aniquiladas. Por fin Mi Inmaculado Corazón triunfará. El Santo Padre me consagrará a Rusia, que se convertirá, y será concedido al mundo algún tiempo de paz. En Portugal se conservará siempre el dogma de la Fe.»

**Mariá Reina de la Paz
Ruega por nosotros**

Desde Fátima



Simultáneamente el papa Francisco, en Roma, y el cardenal Konrad Krajewski en Fátima realizaron el pasado 25 de marzo la Consagración de Rusia y Ucrania al Inmaculado Corazón de María de Rusia y Ucrania. Un grupo de hermanitas de la casa de Lisboa estuvieron presentes en Fátima en este momento histórico. Ellas nos lo cuentan con toda emoción:

«*El día antes en la Basílica del Rosario, los jóvenes organizaron toda la noche la Adoración al Santísimo preparando así este acto de consagración. Cuando llegamos, sobre las 11,30h, no había demasiada gente, pero por la tarde la explanada empezó a llenarse. Por la mañana participamos en el rosario de mediodía, seguido de la Eucaristía y el Vía Crucis. A las 16,00h comenzó la celebración con el Rosario meditado en la pequeña Capilla de las Apariciones de Cova da Iria, presidida por el cardenal limosnero del Papa. En dos grandes pantallas se proyec-*

taron al unísono la celebración penitencial del Papa en Roma y la de Fátima. El Rosario, como es habitual, se rezó en varios idiomas y uno de los misterios se recitó en ruso y ucraniano y las letanías de la Virgen se cantaron en latín. Finalmente, se cantó tres veces la última invocación "Regina pacis", en la que se pedía a la Virgen el don extraordinario de la paz. A continuación, se leyeron breves pasajes del mensaje de Fátima sobre el Corazón Inmaculado, intercalados con el estribillo "El Corazón Inmaculado de María sea nuestro refugio y el camino hacia Dios". Fue emocionante el momento de la oración de Consagración de Rusia y Ucrania al Corazón Inmaculado de María en la que vimos muchos fieles arrodillados en plena explanada rezando con fervor y lágrimas a Nuestra Señora de Fátima, pidiendo la paz del mundo. Confiamos en la promesa de Nuestra Señora que dijo a los pastorcitos: "Mi Corazón Inmaculado triunfará".»



EN LA VEJEZ SEGUIRÁ DANDO FRUTO

II JORNADA MUNDIAL DE LOS ABUELOS Y LOS MAYORES

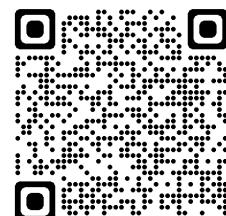
El domingo 24 de julio de 2022 se celebrará en toda la Iglesia universal la II Jornada Mundial de los Abuelos y de los Mayores. El tema elegido por el Santo Padre para la ocasión es «En la vejez seguirán dando fruto». Este lema tomado del Salmo 92, pretende subrayar que los abuelos y los mayores constituyen un valor y un don, tanto para la sociedad como para las comunidades eclesiales.

Es también una invitación a reconsiderar y valorizar a los abuelos y a los

mayores, que con demasiada frecuencia se les mantiene al margen de las familias y de las comunidades civiles y eclesiales. Sus experiencias de vida y de fe pueden ayudar a construir sociedades conscientes de sus raíces y capaces de soñar con un futuro más solidario. Así mismo, la invitación a escuchar la sabiduría de los años es particularmente significativa en el contexto del camino sinodal que la Iglesia ha emprendido.

CATEQUESIS SOBRE LA VEJEZ

En el marco del Año de la Familia, en el que nos encontramos desde la solemnidad de San José de 2021 y que culminará el próximo 26 de junio con la X edición del Encuentro Mundial de las Familias en Roma, el papa Francisco ha querido dedicar un ciclo de catequesis, en las audiencias de los miércoles, al tema de la vejez. Tendremos la ocasión de meditarlas en los próximos números de esta revista. Si lo desea, puede verlas escaneando este código QR.





"La Casa de Muñecas-Abuelas"

La Fundación LARES convocó la IV Edición de Relato Corto; en total fueron 56 los participantes. Ricardo Arias, residente de nuestra casa de Madrid St. Joseph, en la calle Zurbarán, ha sido uno de los tres ganadores gracias a este relato que escribió con toda su ilusión y cariño.



Loquito era un perro diferente, especial, que siempre nos divertía con alguna de sus locuras: intentar subirse a un árbol como si fuera un gato o escarbar ferozmente un hormiguero para descubrir a dónde iban esos cientos de hormigas con tanta prisa...

Esta vez se metió en la piscina de los niños y salió con el pelo convertido en una



manta de agua de la que empezó a desprenderse con furiosos movimientos. Mi abuela estaba sentada en el patio a la sombra de la parra y recibió la inesperada ducha con el ojo izquierdo muy cerrado, como si eso la protegiera del agua. Así que recibió un chaparrón que la bajó a la realidad y le borró la imagen de su casa de muñecas con la que ella estaba entretenida. Porque mi abuela tenía una casa de muñecas en su imaginación, a la que yo llamaba casa de muñecas-abuelas. Con frecuencia, durante las largas tardes de verano, ella cerraba los ojos y veía con claridad su casa de muñecas-abuelas con sus enormes ventanales y su jardín. Cada ventana daba a una habitación, cada habi-



tación le traía un recuerdo y todos juntos formaban la historia de su vida.

Ella decía que había aprendido mucho, no de los años, sino del tiempo; porque nombrar los años la hacía sentirse más vieja. Así que ahora se entretenía en mirar a través de cada una de las ventanas de su casa imaginaria y repasar en su mente los momentos vividos en cada habitación. Y el tiempo le había dado la capacidad de mirar esos momentos con otros ojos: con los ojos de la sabiduría.

A veces miraba por la primera ventana de la planta baja y se veía a ella misma con seis años; con sus tirabuzones, sus encajes en el vestidito blanco y una cinta rosa en la cintura rematada por un enorme lazo. El mundo era todo dorado y rosa, pero el tiempo le enseñó que la vida pasa y que hay otros mundos con otros colores y otras realidades a las que adaptarse. Después se asomó por la ventana grande del primer piso y su corazón se estremeció: era el dormitorio donde recordó cómo su

marido moría mientras a ella se le vaciaba el alma. Con el abuelo había sido feliz durante muchos años, a pesar de tener los dos un carácter fuerte, porque el tiempo les había hecho a los dos un regalo importante: aprender a escucharse. Y comprendieron que escuchar no solo es oír lo que dice la otra persona, sino intentar comprender su punto de vista.

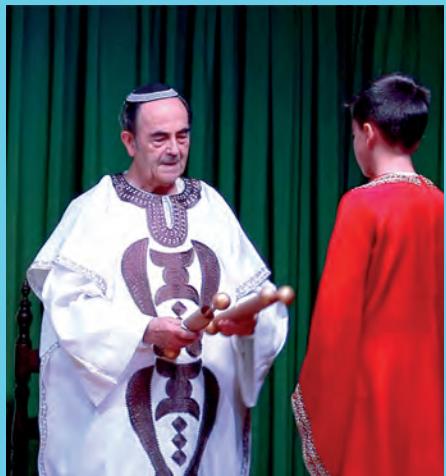
Bajó su cabeza y su mirada, atravesó unos visillos con flores azules: su cocina, donde había pasado gran parte de su vida. La cocina había sido una gran maestra de vida, porque le había enseñado muchas cosas. Allí se había ido gastando en el trabajo de muchos años, pero le mereció la pena ver cómo se iluminaban las caras de su familia con sus tortillas, su gallina en pepitoria o su flan de huevo al baño maría.

Había aprendido a convertir la rutina diaria en un motivo de satisfacción. El tiempo, otra vez el tiempo, le había enseñado a ser feliz porque hacía felices a los demás.

Claro que, en esa misma cocina, también el tiempo le enseñó a ser humilde y a reconocer sus fallos cuando, a veces, se le cortaba la mayonesa, se le pasaba el arroz o se le abría las croquetas al freírlas. Todas las lecciones contaban para ir alcanzando la sabiduría, o lo que es lo mismo, para madurar como persona.

Todavía estaba recordando sus recetas cuando, al levantar la cabeza, la expresión de su cara se oscureció como se oscurecen las tardes





Ricardo actuando en una obra teatral
en la residencia de Madrid



Ricardo en la Procesión de Entrada de
la Celebración Eucarística

de lluvia con los nubarrones. Su mirada se quedó como pegada a una pequeña ventana en el tejado. Era la buhardilla, pero casi no podía verla porque las lágrimas se empeñaban en cubrirle los ojos. Esa ventana daba a la habitación del mayor de sus tres nietos y su preferido, aunque siempre lo negaba. No había vuelto a entrar en esa habitación después del accidente.

La suya, fue una vida rota a los veinte años, tronchada a penas nacida, solo por empeñarse en ser el más rápido en la pista. *¡Malditas motos!*, repetía en su dolor. Siempre le decían que murió intentando cumplir su sueño de campeón, pero eso nunca la consoló.

En esta ocasión, al tiempo le costó más trabajo dejarle su enseñanza, pero al fin consiguió aprender, con el corazón derretido de dolor, que su nieto, perdido para ellos, había ganado en felicidad eterna.

Al final de ese día se sentía muy cansada por revivir tantas emociones, así que se fijó en la mecedora del jardín de la que Loquito la había levantado con sus salpicones.

Allí estaba mi abuela, sentada junto al arriate de los geranios, adormillada por una fina brisa que le traía el olor del jazmín que colgaba por encima del pozo.

Una vez más imaginó su casa, con sus ventanas y sus visillos. Pero esta vez la veía más grande, más bonita, con más luz; la casa, mecida por el viento, se fue elevando suavemente hasta fundirse con la luz dorada y ocre de aquel atardecer.

Entonces una ventana se abrió, tal vez empujada por alguna nube juguetona y, allí dentro, estaba mi abuela con su dulce sonrisa de anciana sabia, dormida ya para el tiempo de este mundo y despierta para el tiempo eterno de Dios.

Ricardo Escaso Arias. 78 años

FELIZ CUMPLEAÑOS

100

-Celebrar la Vida-

En nuestros días, cumplir 100 años no es noticia, pero no por eso podemos hacer silencio ante la alegría de celebrar un centenario. Saber celebrar es importante, saber dar gracias por los dones que Dios nos ha dado. En Segovia lo han vivido hace poco con el centenario de M^a Esther, y les agradecemos el detalle de compartirlo con todos los lectores de *Hacia la Vida*, porque ¡no todos los días se cumplen 100 años!

La familia García-García emigró a Argentina, como otras muchas familias espa-

nolas en busca de fortuna. Allí nacieron los cuatro hijos: Santos, Antonio, Rosa y María Esther, la pequeña. Pero la vida tampoco les sonrió y decidieron volver a su tierra, instalándose en Peñaranda de Bracamonte (Salamanca). Por ese entonces M^a Esther tenía 6 años. Primeramente fue al colegio pero pronto su hermano Santos montó una tienda donde ella arrimó el hombro para que prosperara. Antonio falleció jovencito; por su parte Rosa, como tenían una tía monja Jesuitina en la misma ciudad, siguió sus pasos.





M^a Esther cuenta con mucha gracia que también a ella la querían meter a monja, pero lo rechazaba con una carcajada y decía: «Eso no es para mí» y todavía le divertía más la propuesta de matrimonio: «Uf, no hija, yo estoy bien así.»

Llegó a Segovia, donde estaba su hermana Jesuitina que fue nombrada superiora del colegio. Las dos se llevaban bien, pero cada una en su puesto, en su vocación, una religiosa y ella soltera.

Los años dejan huella y María Esther estuvo feliz de poder entrar en la casa de las Hermanitas de Segovia, casi recién restaurada, el 21 de abril de 2002. Su sordera, que es bastante elevada, la hace ser desconfiada, pero muy afable con todos. Acostumbrada al trabajo, presta de buen gusto pequeños servicios en el comedor. En los últimos años, con la llegada del Covid 19, mostró su fortaleza y consiguió librarse de la enfermedad. Ella recordaba a menudo el tiempo que faltaba para su centenario: «Solo falta un año, algunos meses...» decía con gran entusiasmo. En la pasada Navidad salía una pregunta constante: «¿Qué día es?» Y a la respuesta de la fecha prosigue: «El 13 de enero cumple 100 años, pronto llega mi cumpleaños» y el día anterior: «¡Mañana es mi centenario!»

Por fin llega el día y las trabajadoras a primera hora entran en su habitación cantándole el cumpleaños feliz. María Esther se despierta y no acierta a saber qué es aquello, pero pronto reconoce que llegó el día; se emociona, y derrama algunas lágrimas. A partir de entonces todo son felicitaciones y preparativos para que la festejada se vista de gala: maquillaje, traje nuevo, bolso, pendientes, hasta una corona de reina. ¡Reina todo el día!

En el comedor fue acogida con un caluroso aplauso de sus compañeros, cuidadoras y hermanitas. Un hermoso cartel de felicitación y un gran **100 - feliz cumpleaños** adornaban la sala. Delante de las cámaras de fotos supo poner su mejor sonrisa, prestándose para todo.

A la entrada en la capilla recibió de manos de la Madre superiora un precioso ramo de flores y el aplauso de los residentes. La Eucaristía, el momento cumbre de la jornada, fue concelebrada por los dos capellanes. En el primer banco estuvo muy atenta a todo, a pesar de la sordera y falta de visión. En la homilía D. Juan Antonio resaltó de un modo especial la gratitud por todo lo que Dios ha realizado en estos 100 años de existencia de María Esther y la necesidad de todos de potenciar esta actitud de agra-

decimiento a Dios por todos sus dones a lo largo de nuestras vidas.

En la comida, acompañada por todos los residentes, rodeada también de flores y regalos, siguió atenta a las cámaras. Una rica tarta de cumpleaños, que compartió con todos, y otros regalos muy prácticos para ella, hicieron reflejar en su rostro una alegría desbordante.

Una hermanita le pidió que dijera un discurso, a lo que ella respondió con naturalidad y con mucha chispa: «Yo no sé lo que es eso –no lo sé hacer porque no he estudiado». Fue tan grande su emoción que en esa tarde no tuvo necesidad de pedir servicios que cada día reclama continuamente.

Como broche de oro de esta fiesta, recordemos la confesión que la misma Esther hizo a alguien:

*"Gracias por todo.
Gracias por lo mucho que me quereis."*





Cardenal José Tolentino de Mendonça
Archivero del Archivo Apostólico Vaticano

La vocación de las personas mayores en la Iglesia

El cardenal portugués, estuvo presente en el Congreso «La Riqueza de los Años» que tuvo lugar en Roma a finales de enero de 2020. Dos años después, rescatamos algunos puntos importantes de la luminosa conferencia que realizó en esta ocasión, muy a propósito con el tema de esta II Jornada Mundial de los Abuelos y los Ancianos que celebraremos el próximo 24 de julio.

Si tuviéramos que identificar un personaje para comenzar la Historia de la Salvación, que haya vivido la inmensa aventura de la fe y haya sido el depositario de la promesa, que haya salido de su tierra y emigrado a una tierra desconocida, pasando por muchas situaciones existencialmente exigentes, nuestra elección probablemente recaería en un hombre joven. Alguien —podríamos pensar— dotado de la fuerza vital, de la energía, de la apertura y de la capacidad de soñar que requiere tal aventura. Y en cambio Dios nos sorprende. Dios

escoge un protagonista del todo improbable para esta gran historia que nos incluye a todos, porque la persona a la que dirigió su llamada no es otro que un hombre mayor. Nosotros estamos acostumbrados a pensar que las personas mayores se encuentran en una especie de tiempo de descuento, como si hubieran dejado de actuar directamente en la construcción de la historia. Dios no piensa así. Al leer la Historia de la Salvación, nos damos cuenta de que **Dios hace de las personas mayores sus verdaderos protagonistas.**

«El Señor dijo a Abraham: “Sal de tu tierra y de tu parentela y la casa de tu padre hacia la tierra que te mostraré. Haré de ti un gran pueblo y te bendeciré... y te dirán bendito todas las familias de la tierra”. [...] Abraham tenía setenta y cinco años.» (Gen 12,1-4)

Llamado por Dios a comenzar una nueva Historia cuando pensaba que la suya estaba ya terminada, Abraham experimentará aquella palabra como un desafío inesperado que lo relanza en la gran aventura de la fe. Su vida parecía haber terminado. Seguramente pensó que había cumplido su misión, y que su existencia

pertenecía ahora al pasado más que al presente o el futuro. Sin embargo, Dios está diciendo en esta persona mayor —y en ella, por tanto, a todas las personas mayores— que su viaje está lleno de futuro. El modelo de Abraham en realidad nos puede ayudar mucho.

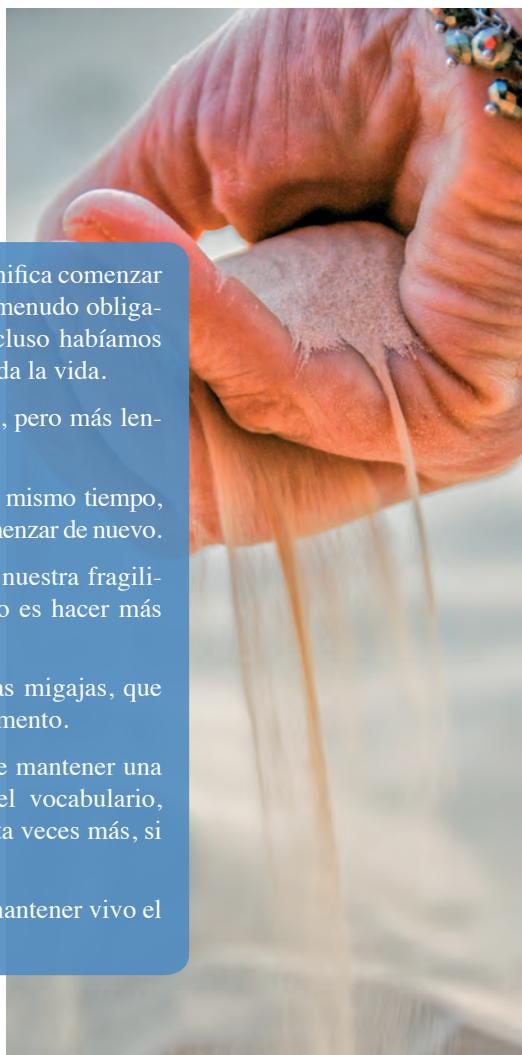
¿Qué le pregunta Dios a Abraham?

1. LA FE

DIOS LE PIDE A ABRAHAM LA REALIZACIÓN DE UNA EXPERIENCIA PROFUNDA DE FE

Hay un dicho norteamericano que afirma: «Envejecer no es divertido», es verdad, nuestras sociedades, que dogmatizan la productividad como la única moneda de valor, maltratan a la vejez, sin comprender ni observar esta estación de la vida, que, por tanto, se deja en el olvido.

- Ser viejo es un trabajo exigente: que significa comenzar desde cero en cualquier momento, y a menudo obligados a reaprender cosas básicas que incluso habíamos estado enseñando a los otros durante toda la vida.
- Ser viejo es hacer lo que hicimos antes, pero más lentamente.
- Ser viejo es rendirse muchas veces y, al mismo tiempo, tener la inexplicable obstinación para comenzar de nuevo.
- Ser viejo es mostrar, en el extremo de nuestra fragilidad, que tenemos siete vidas. Ser viejo es hacer más con menos.
- Ser viejo es comprender el valor de las migajas, que han sido y son siempre nuestro gran alimento.
- Ser viejo es, en muchos casos, tratar de mantener una conversación con una quinta parte del vocabulario, pero con unos ojos que hablan cincuenta veces más, si se les sabe escuchar.
- Ser viejo es luchar todos los días para mantener vivo el inextinguible hilo del amor.



Sí, el proverbio tiene razón: «Envejecer no es divertido». Pero hay una cosa que no dice: que ser viejo también es un milagro extraordinario de amor y resistencia. La tercera edad no es el final. Visto con los ojos de la fe, puede ser el comienzo. A Abraham, Dios le pide romper con la vida sedentaria y comenzar a vivir esta suerte de nomadismo que es la fe.

¿Y qué aprende Abraham cuando comienza a ser viajero? Aprende la confianza. No sabe exactamente dónde está la tierra a la que Dios lo envía: no se trata de un destino fijo y claro desde el principio. En el fondo, debe vivir todos los días en confianza, pegado a la promesa, en suspenso como si su vida dependiera de esto. Esta es la fe. La fe es vivir expuestos y vivir sin refugio, y vivir en la apertura; pero es vivir con confianza, dependiendo de una Palabra. Cuando Dios toma la iniciativa, ese hombre no solo rompe con el entorno geográfico y familiar que era toda su seguridad, sino que también rompe con lo que significaba: la protección de una ciudadanía, de un marco familiar estable, de una pertenencia. Ahora, la fe comienza precisamente con el desafío de trascender el marco individual de nuestra existencia o las formas supuestamente definitivas que hemos construido a nuestro alrededor, y abrir nuestro camino al impacto de las sorpresas de Dios. **La fe nos desinstala para hacernos vivir dependiendo de Dios.** No hay estacionamientos espirituales. Es de hecho la llamada ininterrumpida a experimentar la itinerancia de una promesa que es mayor que nosotros.

No es casual que el modelo de la fe en la Biblia es una persona anciana que se convierte en viajero, un pensionista que se

pone en la carretera, un hombre que por sí podría vivir de las rentas y al que Dios le hace observar la inmensidad del cielo, como si fuese un chaval enamorado. Pero la fe lo quiere así, el creyente es así: un peregrino con las manos pobres y vacías y los ojos llenos.

Pensemos en la historia de Abraham, un hombre ya mayor casado con una mujer, Sarah, que sufría de esterilidad. No tenían hijos y se les promete un hijo. Así, por tanto, para Abraham es todavía relativamente fácil creer porque ve en su vida los signos positivos de Dios. Percibe que existe una correspondencia a la confianza que pone en Dios: Él le recompensa. Pero creer no es solo esto. No se cree solo cuando tenemos garantías aseguradas. **Creer es confiar incluso cuando nos encontramos sin apoyo.** La confianza se hace cada vez más exigente. En esta relación, Dios nos pide más y más. Y viene el momento en que ya no confiamos en Dios por las cosas que Dios nos da, sino que confiamos en Dios por Él mismo. En este sentido, la fe también es prueba. Y la prueba nace de la siguiente pregunta: ¿Estoy dispuesto a creer en Dios sin garantías? ¿Estoy dispuesto a creer en Dios yendo más allá de las garantías y relativizándolas por completo? Abraham tiene ese hijo, Isaac; él es su único hijo y se le hace una propuesta absolutamente absurda: «Abraham, sacrifícame a tu único hijo». Podemos percibir el drama que se consumaba en el corazón de Abraham: no entendía nada, era como si la tierra que había bajo sus pies se esfumase, pero continuó ascendiendo esa montaña, con la única esperanza de que, de algún modo, de alguna manera que él no conocía, Dios tenía que ma-



nifestarse. Y, con el corazón completamente volcado en esa esperanza, Abraham oyó las palabras del Ángel del Señor, «Abraham, no me sacrificues a tu hijo, eso no es lo que quiero, lo que quiero es tu fe, tu fe». El filósofo Søren Kierkegaard interpretó este texto bíblico explicándolo así: «La verdad no es algo externo, que descubrimos a través de proposiciones frías e impersonales, sino algo que experimentamos en nuestro interior, de manera personal». La fe es esta confianza personal que se pone en Dios y que supera cualquier otra cosa. Abraham nos enseña que la fe es una forma de existir. Frente al incomprendible designio de Dios, deja todo en suspenso, menos la relación con Dios. Nosotros, también, desde el fondo de nuestra pobreza, estamos llamados a decir: «El Señor proveerá».

La fe de las personas mayores, como la fe de Abraham, no es una fe abstracta, hecha de categorías desencarnadas. Por el contrario: es una fe narrativa, contada en primera persona, pasada por el juicio de los acontecimientos y de los contrastes de la historia, madurada en el corazón.

La fe nos lleva afuera, es una salida de nuestras visiones fragmentarias, una ruptura con nuestras perspectivas. «Mira al cielo». Tenemos que abrir las ventanas que se abren a la inmensidad del cielo, levantar nuestros ojos más allá de lo que es posible relatar, contemplar la inmensidad de Dios y de su amor. Alzar los ojos asombrados y confiados al cielo es la actitud creyente. Que nuestros ojos hechos para mirar las estrellas no acaben mirándonos a nosotros mismos y a la punta de nuestros zapatos.

2. LA HOSPITALIDAD

ABRAHAM VIVE SU FE COMO UNA FORMA DE HOSPITALIDAD

«El Señor se apareció a Abraham junto a la encina de Mambré, mientras él estaba sentado a la puerta de la tienda, en lo más caluroso del día. Alzó la vista y vio tres hombres frente a él. Al verlos, corrió a su encuentro desde la puerta de la tienda, se postró en tierra y dijo: “Señor mío, si he alcanzado tu favor, no pases de largo junto a tu siervo. Haré que traigan agua para que os lavéis los pies y descanséis junto al árbol. Mientras, traeré un bocado de pan para que recobréis fuerzas antes de seguir, ya que habéis pasado junto a la casa de vuestro siervo”». (Gén 18,1-5)



Cualquiera que haya pasado alguna vez por allí sabe que lo más prudente a esa hora del día es refugiarse a la sombra y evitar cualquier movimiento. Pues bien, Abraham «corre desde la entrada de la tienda» para encontrarse con los visitantes. Nadie le ha pedido nada: es Abraham quien toma la iniciativa de la acogida. Muchas veces también estamos dispues-

tos a acoger, pero estamos esperando que nos lo pidan. Abraham se anticipa, y esta es la verdadera hospitalidad. Y lo hace gratis, dando libertad al otro: «Cuando hayáis recuperado las fuerzas, podéis continuar vuestro camino». Su única preocupación, y para nosotros un desafío y una responsabilidad, es: «si he alcanzado tu favor, no pases de largo junto a tu siervo».

Hay muchas personas que pasan por nuestras vidas. Es importante que, en la hospitalidad, en el servicio y en la donación perciban que no han pasado en vano por nuestro lado. La Iglesia necesita que las personas mayores se conviertan en maestros de hospitalidad.

Los abuelos son maestros de un arte espléndido y raro: el arte de ser. Los abuelos saben cómo transformar un encuentro diario cotidiano en una celebración apetecible. Saben atender sin prisa, viendo a los seres humanos con esperanza de futuro. Ellos dan valor a las cosas que no lo tienen. Ellos no creen que pasar tiempo con sus nietos sea tiempo perdido, sino todo lo contrario. Saben que el amor se alimenta con este intercambio gratuito. Los abuelos son dulcemente silenciosos, aunque hablen mucho. Los abuelos pa-

recen distraídos, y esto es hermoso. Los abuelos caminan sin prisa. Tienen una sabiduría que se expresa con historias cálidas, no en conceptos. Tienen una memoria que parece inagotable, llena de aventuras, anécdotas y detalles graciosos. Los abuelos han estado ya tantas veces listos para empezar con los nietos por vez primera. Nos hacen caer en la cuenta de un sinfín de cosas, como la forma de una nube o color diferente que adquieran las hojas. Ellos enseñan con serenidad, poniéndose a nuestro lado. Conocen el sentido de las cosas pequeñas y conocen dónde están las grandes. No separan, como el resto de las personas, lo que es útil de lo que es inútil. Ofrecen el agarradero seguro de su afecto que siempre está disponible. Adivinan lo que los nietos no dicen, sin aturdirse con su aturdimiento. Cuando no están con ellos, repiten con orgullo a los amigos las frases que les dijeron. Creo que si los niños sienten tan intensamente la necesidad de cuidar de los abuelos, es porque percibieron, ya desde muy pequeños, lo que ellos les cuidaron. Esto se llama el arte de la hospitalidad, que es una forma excelente de amor.

La Iglesia de hoy tiene necesidad de los abuelos no solo por sus propios nietos, sino para todos los que están en relación con ellos, especialmente con los más jóvenes y los más necesitados. Que sean, en definitiva, abuelos a tiempo completo. Los abuelos son un patrimonio espiritual que inspira y fortalece evangélicamente nuestra comunidad eclesial. En una cultura como la nuestra, donde prevalece una dramática sensación de orfandad, las personas mayores están llamadas a ser restauradores de vínculos, a través del ejercicio de la maternidad y la paternidad espirituales.





3. LA TRANSMISIÓN

ABRAHAM SE CONVIERTE EN PADRE DE MUCHAS NACIONES AL ACTIVAR LA FUERZA GENERATIVA DE LA TRANSMISIÓN DE LA FE

Hoy estamos inmersos, como civilización, en una crisis de transmisión. Sin una verdadera alianza entre generaciones, como el papa Francisco sostiene insistente, no sabemos de dónde venimos, de qué somos herederos y cuál es realmente nuestra historia. El sentimiento dominante hoy en las nuevas generaciones es que no han sido reafirmadas por las anteriores. Nadie les dice «creemos en vosotros», «confiamos en vuestras capacidades», «os hacemos depositarios del mundo». Las nuevas generaciones miran hacia atrás y no ven testigos, transmisores, mediadores para el paso que tienen

que hacer desde una orilla a la otra. Es una crisis de transmisión que se experimenta a todos los niveles: en la familia, en las instituciones, en la Iglesia, en la sociedad en su conjunto. En la era de la comunicación, queda mucho por decir, probablemente lo esencial. Vivimos inundados con mensajes, pero padecemos de una incapacidad para interpretar la vida en profundidad, para establecer los nexos de forma explícita. A menudo pienso en la importancia que, por ejemplo, tiene en la vida de Jesús esa escena de investidura que se representa en el bautismo, cuando se rasgan los cielos y se oye la



voz del cielo: «*Tú eres mi Hijo amado: en ti he puesto mi amor*» (Mc 1,11). Es una palabra de confirmación hoy demasiado silenciada, pero muy necesaria para que cada uno pueda asumir lo que es. Sin transmisión, cada cual conoce menos de su propia identidad. Porque la transmisión nos revela aquello que no podemos aprender, pero que es lo que somos. Nos explica claramente que no somos el origen de nosotros mismos, sino que somos lo que recibimos de los demás, somos expresión del don, un precioso legado que nos trasciende. Transmitir consiste en integrar al ser humano en una historia. Es decirle: eres esto, eres parte de un pasado o un futuro, eres coprotagonista de una historia común. El ser humano no necesita solamente la educación escolar:

necesita también de transmisión vital. Por esta razón, en el contexto del Sínodo sobre los jóvenes, el papa Francisco citó un delicioso proverbio egipcio que dice: «Si en tu casa no hay una persona mayor, cómprala, porque te será útil». Pero no solo los jóvenes tienen que acercarse a las personas mayores. Ellas también tienen la misión fundamental de acercarse a los jóvenes y, a través de la paternidad y la maternidad espiritual, generar verdadera vida en ellos. Dios les pide a las personas mayores que sean verdaderas protagonistas. El libro del profeta Joel dice: «*Infundiré mi espíritu sobre cada hombre y vuestros hijos e hijas se convertirán en profetas; vuestros mayores tendrán sueños*» (Jo 3,1). La Iglesia del siglo XXI necesita personas mayores que sueñen.

Gracias GEORGE PINECROSS

«Es de bien nacidos ser agradecidos», reza el refranero español. Es por este motivo que, las Hermanitas de los Pobres, queremos agradecer a la familia Pinecross su cercanía y cariño a santa Juana Jugan y a su obra a lo largo de tantos años. George

Pinecross falleció a principios del año pasado, mientras que Aur, su esposa, vive en Estados Unidos, arropada del cariño y atención de sus hijos y nietos. G. Pinecross, es el autor, junto a su hijo Sergio, de diferentes iconos de nuestra Madre Fundadora.



© George & Sergio Pinecross



© George & Sergio Pinecross



BREVE BIOGRAFÍA

George Pinecross, de origen portugués y griego, estudió en la Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid. Contrajo matrimonio con Aur Euskal, de origen vasco, en una ceremonia muy sencilla. A partir de ese momento se embarcaron en una vida de dedicación a los demás con un claro estilo franciscano, abrazando la pobreza y el servicio a los pobres. Poco después de su enlace matrimonial vendieron su casa en España donando la mitad del dinero a los necesitados. Prometieron no

volver a tener otra casa propia mientras hubiera pobreza en el mundo. Él, un artista dedicado a la iconografía, «escribía» iconos bizantinos, como lo hace en la actualidad su hijo Sergio Pinecross; *«de tal palo, tal astilla»*. Aur, teóloga y escritora en prosa y poesía cristiana, llevó durante largos años una vida de pobreza y predicación. Además de seguir a su marido, dedicaba uno o dos meses cada tres o cuatro años a ayudar a los pobres en diversos países, como Ecuador, Venezuela, Brasil, Puerto Rico y España.

VENERABLE MOTHER

JEANNE JUGAN



© George & Sergio Pinecross

*Este es el primer ícono que George Pinecross
«escribió» de Juana Jugan.
Fue ofrecido al papa Juan Pablo II
en el momento de su beatificación (1982).*

A muchos de nosotros nos resulta muy familiar este ícono de Juana Jugán, pero quizás no conocemos su autor, su procedencia.

¿Cómo fue pintado este primer ícono de Juana Jugán?

Para nosotros, más occidentales, puede resultarnos algo más difícil comprender la profundidad teológica y espiritual de los iconos. Por este motivo, su esposa Aur nos respondió en su momento a esta pregunta.

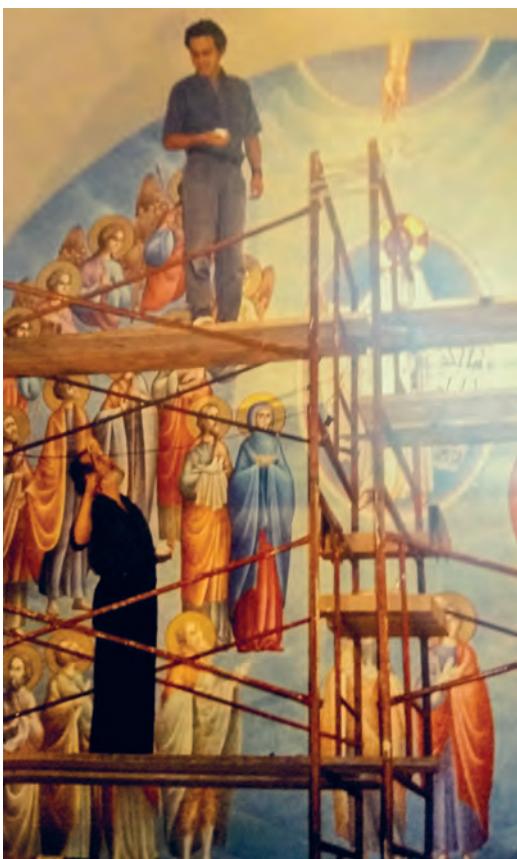
«¡Qué difícil es comprender, imaginar el alma de una santa!»

Primeramente hay que ponerla a la luz, para que brille, tanto dentro como fuera. Pintar el verdadero rostro de Cristo y de los santos es un oficio de amor y de sufrimiento que comporta su recompensa. Como toda profesión, tiene sus reglas, sus objetivos y su disciplina.

El iconógrafo entra en su taller, la habitación más pequeña y modesta de la casa. En una de sus paredes el retrato de Juana Jugán; sobre la mesa de dibujo, una estampa en blanco y negro y otra en actitud de contemplación. Finalmente el libro, que le permitirá comprender su vida. Así empieza un proceso místico. Una música religiosa llena la vieja casa gracias a su acústica maravillosa. El artista se abisma en el libro *Juana Jugán, humilde para amar*. He ahí el principio del combate, de la lucha creadora entre el espíritu y el cuerpo.

¿Cómo llegar a traducir por medio de pintura el alma de una santa que desde su más temprana edad, reconoció a la Persona de Cristo en todos los que encontraba? ¿De una santa, que por esto mismo consagró su vida a cuidar, a consolar y a salvar, como lo pide el Evangelio?

El artista la ve pedir, ya que no se resigna al sufrimiento de los demás; la ve llena de dignidad, trabajando eficazmente en su misión. ¿Cómo en un cuadro, unir la distinción de fun-



George transmite su buen hacer a su hijo Sergio.



dadora y la humildad de colectora, el misticismo de una gran alma y la pobreza de su hábito, el drama y la plenitud de su serenidad? Debe unir estos dos rasgos sin alterar su contenido ni suprimir la importancia de la colecta. Es el momento de recordar este pasaje de la Sagrada Escritura: «El ojo no puede decir a la mano: ¡no te necesito!»

Después de este tiempo de asimilación, de purificación y de meditación, el artista empieza su obra bajo la inspiración de Dios. Para obtenerla, debe ayunar: toma pues una alimentación frugal...

Después llega el momento de los esbozos, de los trazos y líneas que se transformarán en ojos, solamente ojos; y manos, solamente manos. A través de estos esbozos, sin que

aparezca todavía la forma de un cuerpo, se diseña el alma que un día veremos. Los muros del taller se cubren de dibujos expresando la humildad, el trabajo, la tristeza, la serenidad. La pureza de su alma resalta el colorido. Descubren los aspectos de su vida: misión hacia los pobres, los enfermos, lucha entre el espíritu y el cuerpo que reclaman los dos su parte de tiempo.

En esta fase, la oración se vuelve tan esencial como la música. El iconógrafo entra en la fase de contemplación ferviente que le hará penetrar los rasgos de una santa: debe crear un ícono en donde aparezca la armonía entre su vida espiritual y su vida activa.

¡Qué entusiasmo reina en la casa! Todos compartimos esta inmensa alegría; pintar un ícono es una victoria mística. Poder simultáneamente orar, trabajar y ayunar, es una gracia singular.

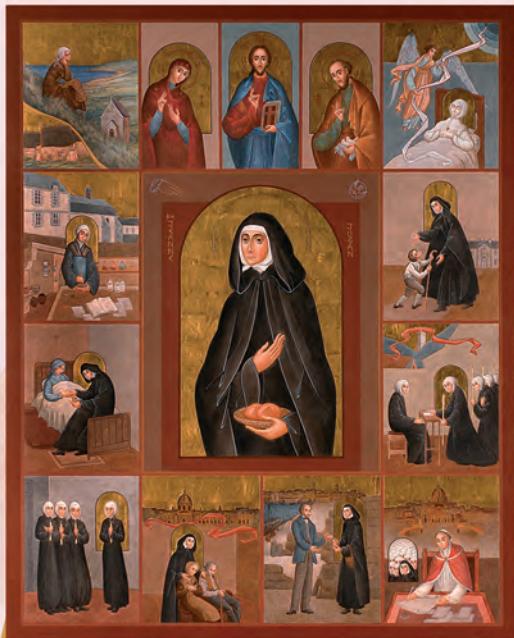
Qué alegría cuando esta presencia empieza a volverse sensible, casi divina, que embarga a todos los que, por la gracia de Dios, están consagrados a su servicio. Esta presencia es la nota dominante del ícono de Juana Jugan. Su amor por Dios desborda, lo ama con sus manos, lo ama cuando mendiga en lugar de los pobres, lo ama en la tranquilidad de la oración, lo ama cuando da este consejo: «Hay que decir siempre ¡Bendito sea Dios!». Y bajo el impulso de estas últimas palabras, queda como absorbida en un diálogo silencioso. Aur Pinecross (del archivo de Hacia la Vida nº 94 – año 1984)



© George & Sergio Pinecross

«Santa Juana Jugan y los Ancianos» es el nombre de este ícono realizado en 2011 para una parroquia de Nueva York. Santa Juana Jugan se sitúa en el medio con los brazos extendidos, acogiendo a dos ancianos, la Sra. de la Bretaña francesa y el hombre de Brooklyn. Esta extensión horizontal nos recuerda a Cristo crucificado. Su misión con los ancianos es de entrega total, de sacrificio en unión con la Cruz de su salvador. Se aprecia un movimiento triangular en el ícono que sugiere el poder del amor trinitario; lo vemos en el manto que lleva la santa y en la posición de las cabezas de cada uno de los personajes.

Los ancianos, antes pobres, encuentran ahora en santa Juana Jugán la expresión de ese amor que les enriquece en todos los sentidos. Mientras sostienen la cita bíblica «Fijos los ojos en Jesús» (cf. He 12,2) los ancianos fijan su mirada en santa Juana Jugán y es al propio Jesús a quien ven. En virtud de su Bautismo y de su Consagración Religiosa, ella se sitúa en el lugar de Cristo, «que no vino a ser servido sino a servir» (cf. Mt 20,28). Juntos forman una nueva comunidad de amor.



«La vida de Juana Jugan», ícono realizado en 2004 donde podemos verla en el centro, en actitud de oración y servicio. Su espiritualidad cristocéntrica está bien representada en la parte superior con Cristo en el centro, junto a la Virgen María y a San José. Alrededor apreciamos varias escenas representando diferentes etapas de su vida, desde su infancia hasta el momento de volver a la casa del Padre. Este ícono fue donado por la familia Pinecross a la Congregación. Se encuentra actualmente en la Casa Madre, La Tour St. Joseph.

© George & Sergio Pinecross



Este ícono llamado « Theotokos des Petites Soeurs des Pauvres » fue ofrecido por George y Aur Pinecross a la Congregación en 2002. Desde entonces está en St. Cecile, habitación donde Juana Jugan pasó los últimos años de su vida y donde murió en 1879. Desde hace varias décadas es un oratorio, donde se celebra la Eucaristía regularmente y el Santísimo Sacramento está reservado.

Hacia la Vida

Conozca la gran familia de Santa Juana Jуган

Desde 1960 las Hermanitas de los Pobres publican esta sencilla revista, que quiere ser un eco del carisma de Santa Juana Jуган, vivido en sus casas a lo largo de los cinco continentes.

Noticias de la Iglesia, de la Congregación, reflexiones acerca del a última etapa de la vida, etc...

Si desea **recibir la revista Hacia la Vida**, no dude en llenar esta hoja y enviarla a:

**Hacia la Vida - Hermanitas de los Pobres
c/ Dr. Esquerdo, 49 - 28028 MADRID**

o bien llame al **91 754 29 88** o escríbanos a **hacialavida@hermanitasdelospobres.es**

Nombre y apellidos

Dirección

Provincia C. Postal Teléfono

E-mail

- Declaro conocer y acepto el tratamiento que se realiza de mis datos personales.
 Deseo recibir la revista. Deseo contribuir con los gastos de la publicación.

Si desea contribuir con los gastos de esta publicación cuatrimestral puede hacerlo mediante:

- Transferencia IBAN: ES75 0075 7007 8806 0138 1769 Cheque
 Giro postal (indicar Hacia la Vida) Domiciliación bancaria

Les ruego, se sirvan abonar, hasta nueva orden y con cargo a mi cuenta aquí indicada, los recibos anuales que a mi nombre y por el importe de euros, les presenten Hacia la Vida-Hermanitas de los Pobres.

IBAN

Banco

Sucursal

D.C.

Número de Cuenta

Fecha y Firma,

TRATAMIENTO DE DATOS DE CARÁCTER PERSONAL:

El responsable del tratamiento de los datos que facilita es la Congregación de Hermanitas de los Pobres. Los datos se utilizarán para el envío de la revista y la gestión de las contribuciones económicas a su publicación. La legitimidad para el tratamiento se fundamenta en su consentimiento al marcar la casilla correspondiente. Los datos proporcionados se conservarán mientras sean necesarios y tras ello por el plazo legalmente previsto. Usted tiene derecho a retirar su consentimiento, a acceder a sus datos personales, a rectificarlos, a solicitar su supresión, a oponerse a su tratamiento y a la limitación del mismo. Para ello puede remitir una comunicación a: "Delegado Protección de Datos. Congregación Hermanitas de los Pobres. c/ Almagro 7. (28010 Madrid). dpd.madrid@hermanitasdelospobres.es."

Más información en: <https://www.hermanitasdelospobres.es/wp/index.php/proteccion-de-datos>

8 DE MAYO DE 2022

**JORNADA MUNDIAL
DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES
Y JORNADA DE VOCACIONES NATIVAS**

ORACIÓN

Señor, hay «amores»
que duran lo mismo que una moda.
Tú, en cambio, Jesús,
has dejado en mi vida una huella
que, como el amor auténtico,
no pasa nunca.

Acéptame como seguidor,
como peregrino y compañero
en tu misma senda.

Enséñame a ser
protagonista de mis propios pasos,
para ofrecer un rastro de tu luz,
a quienes aguardan al borde del camino.

Hazme dejar huellas que guén,
hazme testigo.

Amén.